

El humanismo en el pensamiento ilustrado del Nuevo Mundo

ALBERTO SALADINO GARCÍA

RESUMEN

La génesis del humanismo moderno ha consistido en acentuar el criterio de diferenciación entre el hombre y la naturaleza. Fue en el siglo XVIII cuando quedó evidenciada la supremacía del ser humano con la concepción de que su esfuerzo es esencial en la formación de la persona, más que los talentos naturales.

Esa apreciación, conjuntada con los argumentos humanitarios de la escolástica, permitió a los criollos ilustrados del Nuevo Mundo, laicos y religiosos, formular las bases relativas a la concepción moderna del hombre. Descollaron intelectuales como Francisco Javier Alegre, Francisco Javier Clavijero, José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho, Manuel María Gorriño, José Félix Restrepo, Hipólito Unanue, entre otros.

Con base en las interpretaciones y reflexiones de esa nómina de intelectuales, promotores de los valores modernos en el Nuevo Mundo, resulta factible sistematizar la génesis del humanismo latinoamericano a finales del periodo colonial; además, resulta justo considerarlo antecedente e inspirador del inicio de las luchas independentistas. La importancia de revisar el tema lo otorga la coyuntura del bicentenario de la independencia de la corona española. *Palabras clave:* filosofía, hombre, humanismo, ilustración, Nuevo Mundo, pensamiento.

Juan O'Gorman, *La ciudad de México.*



PRESENTACIÓN

La coyuntura latinoamericana de la conmemoración del bicentenario del inicio independentista es la impronta a la que responde mi exposición, pues abordar el tema del congreso “La construcción de América Latina” permite introducir el tema del hombre como asunto nodal, toda vez que la autoconciencia americana de principios del siglo XIX se abone con la preocupación por perfilar un nuevo tipo de hombre.

Claro está, la preocupación humanista de los independentistas latinoamericanos tiene antecedentes que proceden de la disputa iniciada por Bartolomé de las Casas contra Juan Ginés de Sepúlveda; del reconocimiento a la creatividad cultural prehispánica desarrollada por Vasco de Quiroga, Bernardino de Sahagún, Joseph de Acosta y Francisco Hernández, en el siglo XVI; de los planteamientos del Inca Garcilaso de la Vega, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juana Inés de Asbaje y Ramírez y Pedro de Peralta Barnuevo, en el siglo XVII (entre ellos debe destacarse el genial planteamiento de la poetisa: igualar la condición intelectual de la mujer a la del hombre); de los jesuitas y mercedarios que descollaron en la defensa de la naturaleza, el hombre y las sociedades del Nuevo Mundo, mediante una rica argumentación de carácter científica, filosófica, ideológica y teológica, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Consecuentemente, la preocupación humanista preindependentista resulta un producto teórico y político de larga tradición orientada no sólo al reconocimiento de los americanos como hombres sin más, sino convertida en la justificación central para abonar las expectativas de soberanía popular frente a la dependencia colonial, justo al momento de crisis de la corona española de 1808.

GÉNESIS DEL HUMANISMO MODERNO

La génesis del humanismo moderno consistió en acentuar el criterio de diferenciación entre el hombre y la naturaleza “[...] entre el mundo de la cultura y el de la naturaleza” (Ferry, Jean Didier, 2001: 30); fue en el siglo XVIII cuando quedó evidenciada la supremacía del ser humano con la concepción de su esfuerzo como esencial en la formación de la personalidad de los individuos, en vez de los talentos naturales (Ferry, Jean Didier, 2001: 43-44). Así, su perfeccionamiento tendrá como horizonte lograr mayor bienestar intelectual y físico.

En abono a la idea de que el humanismo moderno encontró su normatividad filosófica en el Siglo de Las Luces debe recordarse a Emmanuel Kant, quien al delinear las fronteras de la filosofía en sentido cósmico planteó sus preguntas capitales, y concluyó que todas podrían resumirse en la concerniente al hombre:

1.- ¿Qué puedo saber? 2.- ¿Qué debo hacer? 3.- ¿Qué me cabe esperar? 4.- ¿Qué es el hombre? A la primera pregunta responde la metafísica, a la segunda la moral, a la tercera la religión y a la cuarta la antropología [...] En el fondo, todas estas disciplinas se podrían refundir en la antropología, porque las tres primeras cuestiones revierten en la última. (Buber, 1974: 12-13)

Como puede apreciarse, los fundamentos del humanismo moderno emergieron con los filósofos de la Ilustración quienes ubicaron al hombre como centro y fin de toda preocupación intelectual, por lo cual se ha persistido en develar su esencia para diferenciarlo de los elementos de la naturaleza.



Dentro de dicha perspectiva deben ser ubicados intelectuales del siglo XIX, quienes reiteraron la idea del trabajo como el esfuerzo constituyente del hombre, particularmente los clásicos del marxismo, pues tanto Carlos Marx como Federico Engels sustentaron que la praxis o acción creativa del ser humano es lo que lo identifica como tal. Dicho de otro modo, el trabajo tiene la noble función de humanizar al hombre al invocar el despliegue de sus capacidades físicas y facultades intelectivas (Engels, 1976: 211-222) (Fromm, 1978: 38-54).

FORJADORES DEL HUMANISMO MODERNO EN EL NUEVO MUNDO

Con la recuperación de argumentos humanitarios de la filosofía escolástica, principalmente los intelectuales criollos formularon las bases de la génesis de la concepción latinoamericana acerca del hombre; influidos por las ideas de la Ilustración y galvanizados con las respuestas sistematizadas contra quienes propagaron la falacia de la inferioridad de los americanos.

Una amplia nómina de intelectuales del Nuevo Mundo, a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, contribuyó a consolidar el humanismo moderno, obra tanto de criollos como de algunos peninsulares, religiosos como laicos, entre quienes destacaron: Antonio de Alcedo, Francisco Javier Alegre, José Antonio Alzate, Ignacio Beteta, José Agustín Caballero, Francisco José de Caldas, Jacinto Calera y Moreira, Francisco Javier Clavijero, Matías de Córdova, José Joaquim da Cunha Azeredo Coutinho, Juan Benito Díaz de Gamarra, Juan José de Eguiara y Eguren, Eugenio Espejo, Gregorio Funes, Manuel María Gorriño, Miguel Hidalgo, José Antonio Liendo y Goicoechea, Juan Ignacio Molina, José Celestino Mutis, Antonio Nariño, José Félix de Restrepo, Cayetano Rodríguez, Manuel de Socorro Rodríguez, Simón Rodríguez, Cornelio de Saavedra, Buenaventura Suárez, Melchor de Talamantes, Hipólito Unanue, Jacobo de Villaurrutia, Francisco Zea, etcétera.

Su obra intelectual la desparramaron en las más diversas actividades culturales: en la cátedra, en las publicaciones periódicas, en la redacción de libros, en la participación de tertulias, en la organización de sociedades económicas de amigos del país o participando en labores de investigación en las expediciones científicas realizadas a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, entre otras.

Fue en la discusión que persistía sobre la humanidad de los aborígenes donde esclarecieron los primeros rasgos de la concepción moderna del hombre y las normas de su comportamiento. Nuestros pensadores buscaron trascender la discusión sobre la humanidad de los indios, como primera y necesaria faena intelectual, para luego respaldar la pertinencia de forjar el perfil de un nuevo hombre, como consecuencia de la posibilidad de iniciar otra época histórica mediante el advenimiento de la independencia latinoamericana.

HUMANISMO ILUSTRADO DEL NUEVO MUNDO

Los jesuitas descollaron como verdaderos pioneros en la fundamentación de la humanidad de los aborígenes. En efecto, Francisco Javier Clavijero, aún viviendo en Nueva España argumentó:

[...] las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos; que son capaces de todas las ciencias, aun las más abstractas, y que si seriamente se cuidara de su educación, si desde niños protegieran y alentaran con premios, se verían entre



los americanos, filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los más famosos de Europa.

Pero es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades [...] (Clavijero, 1995: 164).

Resulta evidente tanto el planteamiento de la igualdad intelectual como la denuncia de la situación de oprobio a la cual fueron reducidos los indígenas, verdadera causa de su infertilidad y postración cultural. Así, quedan patentizados los aportes de Clavijero al defender y propugnar como derechos de los indígenas la igualdad y la justicia social. Por ello, su humanismo alcanza plena expresión al sustentar la esencial igualdad de todo hombre, incluido el indígena (Villoro, 1950: 40-47) (Ulloa, 1988: 40-47).

También es pertinente referir la perspectiva de Francisco Xavier Alegre quien, al defender que “[...] en el hombre además de su naturaleza animal, también hay naturaleza racional” (Alegre, 1995: 192), testimonia una posición conciliadora entre cristianismo y racionalismo en la concepción del hombre, lo que sirve para igualar la condición humana de todos los hombres de cualquier parte del planeta. De tal suerte, el cultivo de ambas naturalezas se sistematiza mediante el fomento de valores, los cuales permiten el refinamiento de la naturaleza animal, humanizándola.

Si bien es cuestionada y hasta cierto punto rechazada, la filosofía escolástica continuaba presente en el contexto cultural, patentizada en planteamientos de pensadores ilustrados que obviaron poner en tela de juicio los principios de la religión, pues más bien los refirieron en sus interpretaciones. Un caso paradigmático al respecto es el del neogranadino José Félix Restrepo quien expone que el hombre fue creado de manera privilegiada, pero ante su conducta pecaminosa comprendió su debilidad como castigo frente a las fuerzas de la naturaleza; la salvación la percibió con el ejercicio de su capacidad racional. Sus propias palabras explayan, de forma puntual, su interpretación:

Con estas razones se alienta el hombre, vuelve en sí, y comienza a tirar el plan de una conquista que le ha de costar tantas fatigas. Extiende sus ojos por el universo, y reconoce que en todo él es el único que posee el inestimable don de pensar. Con efecto, mide la extensión de su ingenio, calcula sus alcances, combina sus ideas y persuadido que no hay cosa que pueda resistir a su pensamiento, único origen de su autoridad soberana, toma el trono del Señor, y comienza a hacerse respetar. Veislo aquí hecho filósofo, no en la escuela de las categorías, ni del ente de razón, sino en la misma naturaleza, y comienza a disponer de todo como dueño [...]. (Restrepo, 1791: 283)

O sea, al aplicar su razón al conocimiento y dominio de la naturaleza fomentaba la práctica de la ciencia moderna, toda vez que la filosofía renovada desempeñaba el rol de gestante. Consecuentemente, el énfasis racionalista, propio de la época, se muestra como la vía fundamental para coadyuvar a la comprensión situacional del hombre en su relación con el creador.

Con el interés de mostrar el enriquecimiento efectuado por los filósofos ilustrados latinoamericanos sobre la idea de hombre, amparados en planteamientos de pensadores escolásticos, como el caso de quien dedicó sus esfuerzos al estudio sistemático y exclusivo del hombre en tierras americanas, el novohispano Manuel María Gorriño y Arduengo, a través de sus dos textos: *El hombre tranquilo o reflexiones para conservar la paz del espíritu* y *Del hombre*, pueden mostrarse los alcances y rubros que mayormente le importaron. Así en *Del hombre*, por ejemplo, se expone la situación del hombre en el mundo y sus rasgos esenciales; luego, partiendo de los datos de la razón y de la experiencia, respalda la necesidad del autoconocimiento para



dominar emociones y pasiones, y refinar las expresiones culturales, por lo que la felicidad, sostiene Gorriño, se logra viviendo conforme a la razón (Cardiel, 1981: 141-142).

La vuelta a la interioridad, a los valores espirituales como los más caros al ser humano, se explica con la lectura cuidadosa de la época de verdadera crisis vivida por Gorriño, cuya superación vendría al propugnar la recuperación de los valores cristianos, según la interpretación de María del Carmen Rovira:

La solución “humanista” de Gorriño surge de un proceso ideológico [...] Dicho proceso presenta dos vertientes: en primer lugar evitar que las ideas ilustradas logaran, en el hombre, un convencimiento o aceptación de ellas; en segundo lugar se busca la confirmación de los principios de la religión católica afirmando que éstos unidos a la razón, entendida ésta en sentido estoico, son el único camino para la realización del hombre. (Rovira, 1997: 79)

Reflexiones de este tipo propalaron la idea de que el conocimiento del hombre es lo más importante, que al conjuntarlas con sus preocupaciones racionalistas, los ilustrados latinoamericanos estaban forjando un nuevo humanismo.

Ubicada la concepción del hombre en el plano racional, y el cuerpo humano como receptor de estímulos del medio social y natural, se eleva la discusión a los ámbitos de la igualdad intelectual y las diferencias somáticas, como propios de los integrantes de cualquier sociedad. Entonces, fueron consignadas explicaciones acerca de la diferencia de desarrollos del tipo siguiente: “Aunque todos los hombres que pueblan la tierra desciendan de un mismo Padre, la diferencia de climas, usos y alimentos a que los redujo su primera dispersión, ha ido introduciendo tal diversidad en sus funciones y propiedades que al comparar en el día varias naciones, parecen derivadas de distinto origen” (Unanue, 1914: 66).

La tesis del determinismo geográfico, erigida en axioma durante la centuria decimonónica, ya está presente como elemento demostrativo, científico, para esclarecer las diferencias somáticas y culturales de las sociedades tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. Así, los intelectuales criollos relativizaron las explicaciones a partir del espacio geográfico, de esta manera desnudaron la justificación sobre la supuesta superioridad intelectual que los pueblos europeos se adjudicaron.

Efectivamente, el peruano Hipólito Unanue echó por tierra la socorrida tesis europea de la relación mecánica entre naturaleza y habitantes, cuyo planteamiento fue muy socorrido para acusar la supuesta inferioridad de pueblos no europeos; en cambio Unanue, si bien reconoce la diferenciación entre sociedades de distintos puntos del planeta influidas por el medio físico en las condiciones corporales y mentales (Unanue, 1914: 71-75), no acepta que a unos los vuelva superiores y a otros inferiores.



Monumento a la Independencia, 1910.



A partir de su esclarecimiento, producto de una rigurosa investigación, concluye que a todos los seres humanos los singulariza la igualdad de talentos, cuyo desenvolvimiento dependerá de las condiciones propiciadas por cada sociedad. Incluso vincula esa posibilidad con el medio físico; en el caso de los americanos las maravillas de su geografía representan retos y respaldos de posibilidades inconmensurables para aquilatar sus facultades intelectuales, al exponer:

A los que nacen en este Nuevo Mundo ha tocado el privilegio de ejercer con superioridad la imaginación y descubrir cuanto depende de la comparación. Yo por imaginación [...] entiendo el poder de percibir con rapidez las imágenes de los objetos, sus relaciones y cualidades, de donde nace la facilidad de compararlos y expresarlos con energía. Por este medio se iluminan nuestros pensamientos, las sensaciones se engrandecen y se pintan con vigor los pensamientos [...]. (Unanue, 1914: 77)

Con esto, queda de manifiesto el interés de los pensadores de avanzada de las colonias americanas, no sólo de obviar la igualdad intelectual entre todos los seres humanos sino la oportunidad de aventajamiento mediante el aprovechamiento de los portentos naturales.

Entonces, los ilustrados pretendieron superar todo cuestionamiento sobre la naturaleza del hombre americano, y de forma específica del aborígen, promovidas por intelectuales europeos como George-Louis Leclerc Conde de Buffón, Cornelio de Paw y Guillaume-Thomas Raynal, recurriendo a argumentos sustentados con informaciones y, en su caso, pruebas

científicas, culturales, teológicas y filosóficas, como lo testifican, por ejemplo, las obras de Antonio de Alcedo *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* [...] (1788); José Antonio Alzate, *Gaceta de literatura de México* (1788-1795); Jacinto Calero y Moreira, *Mercurio peruano, papel periódico de historia, literatura y noticias* (1791-1795); Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (1780); Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana o Historia de los varones eruditos* [...] (1755); Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz Espejo, *Primicias de la cultura de Quito* (1792); Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica natural y civil del reino de Chile* (1776); Manuel del Socorro Rodríguez, *Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá* (1791-1797); José Hipólito Unanue, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el hombre* (1806), etcétera.

Esa relación que muestra abundante y rica obra cultural fue producto indiscutible de la Ilustración latinoamericana, fomentada por intelectuales de todas las colonias ibéricas. Para sumar planteamientos en tal sentido, transcribo la perspicaz interpretación de José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho:

Los escritores que desde el fondo de sus gabinetes presumen de dar leyes al mundo, sin tratar de cerca



muchas veces a los pueblos de los que hablan, ni conocer sus costumbres, ni sus pasiones, dicen que es necesario introducir la ambición en los indios de América, para hacerlos entrar en el comercio de las gentes. Esto es suponer que ellos no tienen ambición: es un engaño. Ellos tienen virtudes, tienen vicios, están llenos de ambición como nosotros; se entiende ésta como el excesivo deseo de gloria y de honra o como el nimio deseo de los bienes. Ellos, en fin, son hombres, y esto basta. (Coutinho, 1979: 68)

Tal explicación resulta concluyente para mostrar, por una parte, la incompreensión de la humanidad de los americanos; por otra, la determinación de reconocer a todos los habitantes del Nuevo Mundo, ejemplificándolo con los indígenas como hombres sin más.

Durante la época ilustrada, establecer argumentaciones contundentes por parte de nuestros pensadores, fue posible en virtud de la conjunción de planteamientos de la filosofía escolástica con la filosofía de la Ilustración. De la primera, recuperaron la tesis de la dignidad e idénticas disposiciones corporales e intelectuales de los seres humanos, así como su derecho a la justicia social. De la segunda, destacaron los planteamientos que dieron sustancia a los derechos humanos como la igualdad; la capacidad racional, semejante en todas las personas; la importancia de la educación como medio de perfeccionamiento humano y el aprovechamiento de las cualidades del medio natural para el desarrollo armónico de las personas; el autoconocimiento de las potencialidades físicas e intelectuales como base para otorgar sentido a la vida, conduciéndose conforme a la razón. Tales planteamientos desembocaron en la irrefutable demostración de que los americanos participan de las cualidades sublimes de todos los seres humanos, de sus virtudes y también de sus vicios.

Entonces, para principios del siglo XIX sólo una situación resultaba limitativa para hacer realidad el humanismo liberador, sistematizado por los ilustrados de las colonias iberoamericanas: la dominación padecida por parte de españoles y portugueses europeos, causa real de su postración.

La hegemonía ibérica inició con la conquista, pero sus efectos persistieron tres siglos después. La comprensión de la dependencia colonial advino como consecuencia del esclarecimiento de la identidad de los americanos; para culminarla sembraron la semilla de la lucha por la libertad, por ello los intelectuales criollos, promotores de la renovación cultural, alumbraron la génesis del humanismo latinoamericano y, mediante su codificación, las inquietudes para romper con la dependencia europea.

De este modo, contribuyeron a fundamentar las ideas y las luchas independentistas que acontecerían a partir del ocaso de la primera década del siglo XIX al propugnar no sólo el reconocimiento a la igualdad humana, sino la libertad y la soberanía popular, como lo llevaron a la praxis Francisco Primo de Verdad, Francisco de Azcárate, Jacobo de Villaurrutia, Melchor de Talamantes, en el virreinato de Nueva España; Antonio Nariño con la traducción, impresión y difusión de los *Derechos del hombre y el ciudadano* (Nariño, 1982: 7-11), y Camilo Torres con su florida argumentación sobre el pensamiento criollo, en el virreinato de Nueva Granada; Miguel Calixto del Corro, Cornelio de Saavedra, Juan José Castelli, Juan José Paso y Gregorio Funes, en el virreinato del Río de la Plata.

El inicio de las luchas por la independencia de los países latinoamericanos tuvo, como antecedente *sine qua non*, la necesaria comprensión acerca de la superación de la concepción colonial de los habitantes de América, al forjar las bases del humanismo libertario. Además, la irrupción de las luchas independentistas mostró el triunfo de los principios de la Ilustración como la racionalidad de la igualdad de los americanos con sus semejantes del Viejo Mundo.



BIBLIOGRAFÍA

- Alegre, Francisco Xavier (1995), "De las instituciones teológicas", en *Filósofos mexicanos del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario 118.
- Buber, Martín (1974), *¿Qué es el hombre?*, 8ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Breviario 10.
- Cardiel Reyes, Raúl (1981), *Del modernismo al liberalismo. La filosofía de Manuel María Gorriño*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Clavijero, Francisco Javier (1995), "De la física particularis", en *Filósofos mexicanos del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario 118.
- Coutinho, José Joaquim da Cunha de Azeredo (1979), "Ensayo sobre el comercio de Portugal y sus colonias", en *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*, Barcelona, Biblioteca Ayacucho, N° 5.
- Engels, Federico (1976), *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, 7ª reedición, México, Ediciones de Cultura Popular, S. A.
- Ferry, Luc y Jean-Didier Vincent (2001), *¿Qué es el hombre?*, Madrid, Taurus.
- Fromm, Erich (1978), *Marx y su concepto del hombre*, 7ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Breviario 166.
- Nariño, Antonio, *Escritos políticos*, Bogotá, El Ancora Editores, 1982.
- Restrepo, José Félix (1791), "Oración para el ingreso de los estudios de filosofía", en *Papel periódico de la Ciudad de Santa Fe de Bogotá*, N° 44, 16 de diciembre.
- Rovira Gaspar, María del Carmen (1997), *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México. Siglo XIX y principios del XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ulloa Cárdenas, Conrado (1988), "Francisco Javier Clavijero y la filosofía de la liberación", en *Islas* N° 90, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Cuba, mayo-agosto.
- Unanue, Hipólito (1914), *Obras científicas y literarias*, Tomo I, Barcelona, Tipografía La Académica, de Serra Hnos. y Rossell.
- Villoro, Luis (1950), *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México.

